

dio; pero no á todos, porque en el versículo 7 del mismo capítulo dice positivamente: "Cada uno tiene su don particular que ha recibido de Dios, uno de un modo y otro de otro." La expresion de nuestro Salvador *que se han castrado á sí mismos*, excluye toda violencia, la cual es aquí un crimen que puede perder á las almas; y la insinuacion, sobre todo, la que proviene de los padres ó de los confesores, es una especie de violencia. El elegir este estado ó inclinar á alguno á que le elija por fines humanos, por vanidad ó avaricia, sea por la supuesta utilidad de aquel á quien se hace violencia, ó por la de otro, es un crimen y una profanacion.

No basta que esta resolucion sea voluntaria, sino que no ha de tomarse por capricho á causa de una pasion desgraciada, ó de una esperanza frustrada, por complacencia, ó por un exceso de entusiasmo, ó por una ciega confianza en los consejos de otro, ó en una edad en que no se conoce uno á sí mismo, ni conoce las tentaciones. Este paso no debe darse sino despues de haberse probado bien delante de Dios, despues de haber pedido por la oracion conocer su voluntad, y despues de haber transcurrido tiempo suficiente para reflexionarlo. Esta resolucion exige ante todas cosas, la simplicidad de corazon, que no busca mas que á Dios y lo que es de Dios, y que humilde espera de Dios solo el don y la conservacion de una gracia especial que no se concede á todos. La Iglesia de Jesucristo enseña, y la experiencia confirma,

que Dios *que obra el querer y el hacer*, no niega esta gracia á los que se la piden sinceramente.

Sabemos por San Justino y Tertuliano, que el número de estos sacrificios voluntarios era grandísimo en el siglo II del cristianismo, y que se veian personas de ambos sexos que vivian y morian en una perfecta continencia, antes que estuviesen en uso los votos solemnes, y se conociesen los conventos. Con todo, en el mismo siglo II se vieron ya en algunas iglesias, vírgenes que vivian en comunidad. Tertuliano llamaba á estas doncellas *las esposas de Jesucristo*.

Concluyamos este capítulo con las siguientes palabras tomadas del Apocalipsis de San Juan (Cap. XIV, v. 1 á 5): "Y yo ví, y he aquí que estaba el cordero sobre la montaña de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenian su nombre y el nombre de su padre, escrito en su frente. Y oí una voz del cielo como el ruido de aguas copiosas, y como el estruendo de un gran trueno, y la voz que oí era como la de unos músicos que tocan sus cítaras. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y ninguno podia cantar este cántico, sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra. Estos son los que no se han contaminado con las mugeres porque son vírgenes. Estos siguen al cordero adonde quiera que fuere. Estos han sido rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y el cordero, y en la boca de ellos no se ha ha-

llado mentira, porque están sin mancha delante del trono de Dios (§).”

### CAPITULO XVII.

#### EL RICO AVARIENTO.

Ya hemos visto que los fariseos se habian aplicado á sí mismos la instruccion de Jesucristo sobre el peligro de las riquezas, y que para sorprenderle en sus palabras, le habian dirigido la pregunta relativa al divorcio. Despues los precave de nuevo por la parábola siguiente contra el apego de los hombres á los bienes perecederos, y contra el abuso que hacian de ellos.

“Habia un hombre rico que se vestia de púrpura y lino finísimo, y daba todos los dias espléndidos banquetes. Y habia cierto mendigo llamado Lázaro (\*), cubierto de úlceras, que estaba tendido á la puerta de aquel; deseando saciarse de las migajas que caian de la mesa del rico; pero iban los perros y lamian sus úlceras. Sucedió, pues, que murió el mendigo y fué llevado por los

(§) Léase sobre todo este punto al insigne Balmes en su obra del Protestantismo comparado con el catolicismo. (*Nota del aprobante mexicano*).

(\*) Muchos de los Padres antiguos han mirado lo que el Salvador dice aquí del rico avariento, no como una parábola, sino como un hecho verdadero. Y Tertuliano cree (*de Anim. Cap. VII*) que es una prueba de esto mismo el nombre del pobre que declara aquí el Hijo de Dios, llámádole Lázaro. (*Nota del Ilmo. Scio al cap. XVI de San Lucas*).

ángeles al seno de Abraham (\*). Murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno; y levantando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno, y gritando dijo: Padre Abraham, apiádate de mí y envía á Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en estas llamas. Y le dijo Abraham: Hijo, acuérdate de que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro recibió males: pues ahora este es consolado, y tú eres atormentado. Y ademas, entre nosotros y vosotros hay un grande abismo (\*\*), de modo que los que quieren pasar de aquí adonde estais vosotros, no pueden; ni

(\*) Lugar que habia destinado para el descanso de las almas de los justos, hasta que Jesucristo triunfando de la muerte, los llevó consigo á gozar de la eterna bienaventuranza. Abraham es propuesto como padre de todos los vivientes. (*Rom. IV, 11, 12*). Los que imitan su fé y su piedad son sus hijos espirituales, y se dice que descansan en el seno de Abraham, á semejanza de unos hijos tiernos y muy queridos que los llevan para que reposen en el seno ó regazo de sus padres. (*Nota del Ilmo. Scio al cap. XVI de San Lucas*).

(\*\*) Todo esto que aquí se dice, que levantó los ojos, que habló, que rogó que le refrescasen la lengua... representa los naturales movimientos de aquel infeliz en sus tormentos. Y esta grande sima ó abismo que habia de por medio, no tanto significa la distancia de los lugares, cuanto la inmutabilidad del estado de los santos, y de los réprobos despues de su muerte. Cotejen los avarientos y glotonés los estados diferentes que tuvieron en vida y despues de la muerte, Lázaro y el Rico, y no esperen que un muerto venga á predicarles, ni crean que les aprovecharia aunque viniera, si no creen al Evangelio. Escarmienten y teman con este ejemplo, no sea que el Señor los premie en esta vida, con lo que les ha de servir de instrumento de mayores ofensas suyas, y por consiguiente, la causa de sus mas terribles tormentos en el infierno. (*Idem idem*).